

45. El anciano canónigo

Nos encontramos en 1824; el bandidaje está en su punto álgido de la locura sanguinaria y Gaspar recorre un pueblo tras otro tomando Misiones para animar a las poblaciones aterrorizadas, limitar las venganzas, poner paz y ganarse a los bandidos para amansarlos.

Una de sus mayores preocupaciones, donde quiera que vaya, es llamar al clero a la santificación y a una intensa actividad pastoral. A menudo decía: "*Pastor Santo, santo rebaño*". Por otro lado hay muchas poblaciones que lo desean por unos días entre ellas, pero que con número de compañeros que tiene no puede complacer a todas. Es por esto, que se preocupa de invitar a unirse a él en la predicación, a los mejores sacerdotes que encuentra.

Vivía en Alatri, cerca de Frosinone, el viejo canónigo don Pasquale Aloysi, quien, al oír las palabras del Santo, concibió la absurda idea de ser Misionero. "¿Y por qué absurda?" - Ustedes dirán. Debido a su avanzada edad que era ya de por sí un obstáculo infranqueable. ¿De qué manera hubiera podido enfrentan a una vida de sacrificios inauditos, como los que conllevaba el apostolado misionero?

A los inconvenientes de edad, se añadían varias dolencias. Nos los dice también el refrán "muchos años, muchos daños". De hecho, él sufría de severas y difundidas artritis, que le hacían sufrir dolores sin fin; una enfermedad tan desarrollada que no podía arrastrarse ni siquiera con el bastón; sin hablar luego, de la bronquitis crónica, rebelde a toda curación, y de una parcial parálisis. ¡Pobrecito, no tenía por donde!

Para aquellos que se reían de su "vocación" decía solo: - *Déjenme hablar con el Canónigo del Búfalo, es el que deberá juzgar.*

El Santo cuando lo supo por don Biagio Valentini, se llevó a la casa del sacerdote enfermo, que, al verse frente a "aquel gran Santo," casi se desmaya por la emoción.

Luego, tomó coraje, y le dijo: - *Padre Santo, yo también quiero ser un misionero.*

Gaspar le señaló todas las dificultades y trató de disuadirlo. Pero, este replicó: - *Bueno, padre, mientras que Usted va predicando, yo me quedaré en el convento a orar por la conversión de los pecadores.*



O. Scarpelli

Gaspar, sorprendido por tanta fe y tanta bondad, lo miró amablemente y dijo: - *Señor Canónigo, ¿Es posible que no alcanza a mover unos pasos al menos aquí en la habitación? Vamos, apóyese en mí, levántese y haga el intento*".

Tomó su brazo, se puso en un costado y don Biagio se puso el otro. Lo sostuvieron por unos pocos pasos. El anciano en un instante sintió en el cuerpo una inusual fuerza, tiró el bastón y comenzó a caminar expeditamente por la habitación.

Gaspar, después de haber obrado el milagro, lo aceptó entre sus misioneros. Pero el milagro no terminó ahí. Don Aloysi, tímido por naturaleza, nunca había predicado un sermón público en su vida; sin embargo, siendo tenaz sobre el deseo ser un verdadero misionero, pidió el permiso a Gaspar de hablar a los fieles en la iglesia. Al salir de la sacristía para subir al escenario, comenzó a temblar como si tuviera algún morbo. ¡Mientras tanto el pueblo estaba esperando! Sus ojos por casualidad se posaron sobre el solideo del Santo, guardado sobre una mesa, se lo colocó en la cabeza y se la dejó puesta durante el sermón. No sólo desapareció la timidez, pero los labios se volvieron todo un río de palabras, y se sintió tomado por un fervor inusual. Nunca más quiso privarse de tan portentoso solideo y se lo pidió de regalo al Santo.

El Valentini y el Fontana, testigos oculares de su prodigiosa curación y del "milagro" del solideo, también nos cuentan un episodio curioso. En Terracina don Aloysi, al salir de la sacristía, inadvertidamente intercambio el solideo y, una vez en el escenario, ¡no pudo sacar ni una sola palabra! Comprendió de inmediato e hizo que el sacristán se la cambiara. Entonces, su forma de hablar, fue tan elocuente como para conmover la audiencia y obtener así muchas conversiones.

El anciano canónigo vivió durante varios años en el Instituto y fue uno de los más incansables en el apostolado, y de gran piedad y virtud.